



THE PLANETARY SYSTEM

Ideas, Fórmulas y Formas para las Nuevas Cultura y Civilización

RECONSTRUIR EL SANTUARIO DE LA VIDA HUMANA

(Enzio Savoini, 1976)

“RECONSTRUIR EL SANTUARIO DE LA VIDA HUMANA”

Cuanto más pasan los años, tanto más nos damos cuenta, como grupo, de que estamos comprometidos en una gran operación de renovación planetaria. El hecho de que nuestra participación sea modesta y aún no sea plenamente responsable no le quita su mérito. Las palabras y los símbolos con los que aludimos a ella pueden que sean cambiantes y diversos; sin embargo, incluso así percibimos, por un lado, cada vez mejor su gran relevancia; por otro, su propósito glorificador.

Además, nos damos cuenta de que no estamos llevando a cabo solos este proceso de renovación. Otras Inteligencias —que también están presentes y activas, aunque sean invisibles para nosotros— lo apoyan y dirigen, realizan diferentes tareas del mismo Plan general, con resultados certeros, pero mediante procedimientos diversos.

Por último, a medida que aumenta nuestra conciencia de esta actividad común, notamos que se desarrolla y toma cuerpo con mayor rapidez.

Siendo así la situación, resumida brevemente, y ya que tenemos la oportunidad, dediquemos unos minutos a reflexionar juntos sobre esta nuestra tarea en común.

Para ello, primero debemos analizar, de forma esquemática pero suficiente, el estado actual de los asuntos humanos, utilizando un simbolismo tan exacto como sea necesario, para describirnos nuestra función.

Naturalmente, con el fin de poder hacer esto, ello requiere estar libre de preconcepciones, es decir, poseer esa independencia de pensamiento que —aunque solo se juzgue por la insistencia con que se prescribe— es un requisito necesario para cualquier investigación, pero absolutamente indispensable cuando se trata de una obra de renovación.

Por consiguiente, hemos de comprender que lo que diremos es solo una de las muchas formas de presentar los datos, los métodos y los objetivos comunes a todo el grupo; la cantidad de verdad que seremos capaces de lograr podrá luego ser fácilmente traducida en aquellos otros simbolismos que sean más afines a cada uno de nosotros.

ANÁLISIS ESQUEMÁTICO DE LA ACTUAL SITUACIÓN HUMANA

En vista de que el grupo sigue y vive con un interés vigilante el momento histórico de la humanidad y discierne con agudeza sus múltiples circunstancias, no es necesario detenerse en complicadas y específicas descripciones de ello. Cada uno de nosotros, según su capacidad, puede ver claramente cuál es la condición humana en la que estamos inmersos hoy en día, y escucha con frecuencia noticias (aunque contradictorias), incluso desde los lugares más distantes del planeta. En pocas palabras,

afirmadas y repetidas tantas veces como para ser casi de conocimiento general, la fase peculiar que está viviendo hoy la humanidad puede describirse como la ruina de un gran y noble edificio, de un antiguo Templo.

Este símbolo, tan conciso, tiene la gran ventaja de ofrecer una visión sintética y exhaustiva de un proceso bastante lento, pero que está atacando inexorablemente un gran patrimonio de la civilización, muy acaparador, y que ha estado en vigor a lo largo de los últimos milenios, pero hoy empobrecido, devaluado e insuficiente para las nuevas necesidades que él mismo ha contribuido a crear.

Ante este acontecimiento ruinoso (como ocurre siempre en todas sus crisis), los hombres se dividen tajantemente en dos facciones opuestas. Algunos se empeñan en considerar insuperables las riquezas de las civilizaciones pasadas y se encuentran con las manos llenas de monedas caducas. Amargados, decaen con ellos, arrastrados al fondo por su peso, y lamentan con angustia los claros valores del pasado.

Estos hombres —que hoy se resisten a un proceso inevitable, como si quisieran retener la luz del ocaso, pero que ya están resignados a la derrota— carecen de una visión innovadora del futuro. Comprenden que el Templo está en ruinas, pero ignoran las causas, y no tienen ojos lo suficientemente agudos para captar los presagios que también se agolpan en el horizonte, hacia el Este.

El Grupo del que formamos parte comprende el sincero dolor de estos hombres, pero no comparte su resistencia desesperada. Ninguno de nosotros puede demorarse en suspirar por la ruina de cualquier forma, por muy bella, válida y valiosa que haya sido. No es la forma la que nos concierne, sino el contenido, que nunca puede perderse o devaluarse, incluso cuando, debido a la disolución de la forma, parece desaparecer y desvanecerse en el aire.

En cambio, otros hombres se empeñan en asestar golpes cada vez más feroces al sistema civil, a todo lo que aún sobrevive en el Templo con una apariencia de orden.

Estos hombres son enemigos violentos y, a menudo, fanáticos de equilibrios que ni siquiera comprenden, y se presentan como portadores de un orden nuevo y mejor.

Pero no se nos escapa que sus métodos, sus ideales, no tienen cualidades realmente diferentes de los que ellos derriban. Las revoluciones que proponen y a veces aplican no se basan en conceptos verdaderamente innovadores: por extraño que parezca, en forma y estilo, pertenecen al Orden viejo contra el que se lanzan. Por ejemplo, ninguno de estos hombres sustituye la anticuada idea de «lucha de clases» por la muy superior de «cooperación entre las clases», que algún día triunfará, y es nueva. Ninguno de ellos propone abandonar voluntariamente la vieja y decrepita costumbre de la propiedad personal, sino que siguen imponiendo la división de las posesiones donde ni siquiera existen las condiciones previas indispensables; y estos son métodos del Orden viejo, que está muriendo bajo el peso de estos sistemas desgastados.

Mucho polvo levantan estos hombres; y en este se esconden malos motivos, desconsolada pobreza moral y necesidad. Ellos también carecen de visión, como los primeros. Ambas facciones miran al pasado —con amor codicioso, o con odio inútil.

El Grupo se afinsa entre estas polaridades humanas y las comprende, pero sin compartir su destino. Se desvincula de los conservadores y no ve en los alborotadores las vanguardias resplandecientes de un ejército libertador, puesto que «nada hermoso y bueno saldrá jamás de la fealdad y el desorden».

El Templo está en ruinas; el Orden viejo está putrefacto. Dejemos que las fuerzas de demolición hagan su trabajo, ¡pero no nos confundamos con los gusanos y los buitres!

*

Hemos descrito, con un rápido simbolismo, lo que está ocurriendo en la raza humana. De la Enseñanza hemos aprendido a distinguir las causas. A diferencia de las grandes multitudes, podemos afirmar, con bastante certeza, que conocemos tanto las fuerzas en juego como los nuevos principios, y podemos predecir el resultado de la batalla. Una construcción milenaria, erigida con gozo por el hombre, cuando haya cumplido su misión, cuando hayan cambiado los tiempos, se desmorona. Como grupo, las fases y los episodios de este gran cataclismo humano no nos conciernen, ya que hemos aceptado la idea de que lo viejo debe regenerarse. Pero hemos de tener bien claro cuál es nuestra parte. Sabemos que estamos en medio de la refriega, en el centro de un campo electromagnético de muy alto potencial. Conscientes de lo mucho que está en juego, del terrible malestar y de la confusión, preguntémonos:

«¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestro cometido?»

Responder a estas preguntas es nuestro deber, porque no tenemos la intención de quedarnos inertes en esta batalla, tan grande, que implica a todas las actividades humanas, y tan crucial como para ser decisiva para el destino mismo del planeta. Si no somos hombres de refriega, que lanzan golpes a diestro y siniestro sin ver siquiera dónde y qué hieren, sin saber siquiera por qué luchan; si parece absurdo pensar en mantener un estado de neutralidad pasiva entre el atacante y el defensor; si sentimos en nosotros el sereno e irreprimible impulso de vivir activa y responsablemente por el Bien común, utilizando el mismo simbolismo, entonces podemos decir con seguridad: «¡Nosotros somos los Constructores; es esto lo que somos!»

Somos los Constructores del nuevo Templo, llamados a esta tarea porque en el pasado construimos el mismo Santuario que ahora está siendo demolido. Somos los Constructores, enviados a trabajar con nuestras antiguas herramientas.

Por eso nos mantenemos al margen de las facciones humanas enfrentadas, convencidos de que se necesitan otras medidas, otras reformas más profundas y un orden mucho mayor para superar la crisis. Como absortos en nosotros mismos, pero vigilantes; como alejados de la batalla, pero presentes en las filas, estudiamos la situación y elaboramos en nuestro corazón la nueva Obra. Y ahora sabemos con certeza que, si grandes porciones del antiguo Templo aún permanecen en un equilibrio peligroso y precario (y equipos de demoledores se ocupan de ello, con alto clamor discordante), este es para nosotros el momento feliz y mágico del primer inicio. Tenemos a nuestra disposición una “*tabula rasa*” [una pizarra en blanco] sobre la que comenzar de nuevo, con diligencia y gozo, el trazado, esas primeras y decisivas operaciones que darán vigor y vida al nuevo Santuario.

Así es el sentido del tiempo.

El corazón nos dice que en la antigüedad, cuando se concluyó la Obra que ahora yace hecha pedazos, junto con el gozo de su finalización sentimos la amargura de su inevitable y prevista ruina. Entregamos el Templo a sus usuarios, a aquellos para quienes trabajábamos entonces y ahora, a los hombres de todas las creencias; y en silencio, como grupo, inmediatamente dirigimos nuestros pensamientos a las nuevas obras de construcción. En virtud de esta orientación, ahora estamos de vuelta, capaces de repetir, en nuevas formas, nuestras antiguas empresas de salvación.

Así pues, es el momento del primer inicio...

Para los Constructores, es la Navidad cuando el Sol despierta repentina y secretamente en el seno de la Naturaleza y, sobre los escombros y desechos del verano pasado, establece las premisas de la cosecha futura. Desde ese momento hasta el final de la Obra —lo sabemos— todo debe proceder rítmicamente, según un programa preciso, según plazos mayores y menores, en armonía con el Cielo.

Este trabajo durará mil años, y más; pero su final depende de hoy; y nuestros ojos ya pueden ver sus altas agujas luminosas.

Es el tiempo del primer inicio...

El polvo de las viejas estructuras aún no se ha disuelto en el aire; todavía no es tiempo de materializar el Templo, aún no. Este breve repaso de la situación nos ha revelado, con suficiente precisión, tanto las partes humanas como los tiempos y los destinos. De ello podemos derivar fácilmente otros dictados. Es de suma importancia establecer el nivel operativo del grupo en esta fase tan delicada y decisiva. ¿Es el momento de mover piedras y hierros, oh albañiles? ¿O leer el proyecto y aprender a la perfección las líneas marcadas en él?

*

SIN DUDA ALGUNA, EN PRIMER LUGAR, EL PROYECTO

No nos dejemos distraer por los acontecimientos actuales, ni por los gritos que se lanzan en la confusión general. En esta primera etapa, debemos mantener firme nuestra mente en la luz, para leer el Proyecto en las partes que nos son accesibles. El Proyecto no es nuestro. Está elaborado en lo alto y custodiado desde allí. Pero tenemos que realizar algunas partes, las que conciernen a la construcción de la nueva cultura, es decir, el nuevo Templo. En esta primera etapa de la Obra, no hay que levantar pesos, ni se necesitan dinero o provisiones. Nuestra actividad debe ser subjetiva, secreta, mental, orientada al futuro. En efecto, el Templo que preparamos es para el futuro, no para hoy; ¡recordémoslo bien, oh constructores! ¡Otros vendrán a cosechar lo que sembramos! Que nuestro corazón esté en paz y viva ya ahora en el futuro.

*

EL SANTUARIO DE LA VIDA HUMANA

¿Qué es eso? Es ese lugar consagrado donde el hombre vive, piensa, trabaja y ama. Por lo tanto, es el Planeta.

Por consiguiente, es el corazón.

Estas son las dos principales respuestas posibles: corazón-planeta; este es el Santuario que hemos de reconstruir.

Existe una correlación que une el corazón al planeta. Lo que cambia o sucede en uno, cambia o sucede en el otro. Y así como el planeta está regulado por el Sol, también lo está el corazón, que se llama «el sol en el hombre».

Así pues, sabemos cómo y dónde actuar para reconstruir el Santuario. Sabemos quiénes somos y conocemos la etapa de la Obra. ¿Qué más queda si no es el trabajo?

Y cada uno a su manera —según sus capacidades y la fuerza de su imaginación, en perfecta libertad, con las formas que más le gusten, en completa armonía y, sin embargo, en plena independencia individual— recoge el pensamiento del Espacio y piensa en el nuevo Santuario, más precisamente, lo construye en su mente. Y a su debido tiempo tomará una forma terrestre. No será más grande que una capilla de montaña, ni más pequeña que el planeta.

*

Aquí podría concluir, ya que el tema está desarrollado. Podría despedirme y marcharme.

En cambio, les propongo un trabajo en conjunto, un ejercicio creador, para aplicar la Enseñanza y comprender mejor juntos cómo podemos construir hoy el Santuario del mañana. Unid vuestras fuerzas a las mías, ya no como oyentes, sino como trabajadores, trabajad conmigo; visualizad —como queráis— la construcción común del Templo panhumano. Yo simplemente me limitaré a unir las distintas etapas; vosotros, a continuación, trabajaréis en la forma/pensamiento global, enriqueciéndola con vuestra mejor aportación, ¡libres y conjuntamente!

Juntos visualicemos la construcción del nuevo Santuario.

1. CAPRICORNIO

El antiguo Santuario está en ruinas.

En todas partes vemos las señales de la corrupción.

El caos y la insensatez triunfan.

El hombre ha perdido su camino.

Es el gran momento del inicio.

Es necesario construir un nuevo Santuario para la salvación del hombre y del mundo.

Consagrémonos a la empresa.

Visitamos la Tierra, sus mejores lugares.

Mares, ríos, montañas, valles, glaciares, altiplanos, islas oceánicas, llanuras.

Estudiamos la naturaleza intrínseca de cada lugar.

Observamos el horizonte, allí donde el lugar se une con el Cielo.

¿Dónde edificar el nuevo Templo? ¿Cómo construirlo?

«Lo haremos *aquí y en todas partes*.

Lo haremos como un cristal.

Lo haremos como una flor.

Lo haremos como un hombre.

Lo haremos como un Sol.»

Sobre las ruinas del antiguo Templo, aquí y en todas partes, estamos preparando el lugar de construcción.

Es el gran y gozoso momento de los Constructores.

*

2. ACUARIO

Aquí y en todas partes conectamos el lugar de la Obra con las regiones remotas del Espacio, para que el Templo crezca y sea como una estrella.

Marcamos las estelas, las estelas de fuego que lo unen a las constelaciones, porque nuestro trabajo celebra la Comunidad naciente.

Rayos de nosotros, hacia las estrellas; —Rayos de las estrellas, hacia nosotros—. Abramos canales para que la energía estelar descienda y fluya en todas las partes de la Obra.

¿Cuál será nuestro Canon, la medida fundamental? ¿Qué unidad suprema de medida regirá nuestro trabajo?

«Que este Canon sea el Infinito.
Que este Canon sea el Punto.»

*

3. PISCIS

Los Trabajadores están contentos. Trabajan concordes y cantan.
Pertenece a todos los pueblos, vienen de todos los países. Nosotros somos los trabajadores.

Se excava el suelo para alcanzar el plano de cimentación.
Antes de ascender al Cielo, la Obra desciende a las entrañas de la Tierra.
Lo alto y lo bajo, lo claro y lo oscuro se unen.

Peligro. La excavación es profunda y puede derrumbarse. ¿Dónde tenemos que detenernos?

«Descenderemos hasta hallar la roca clara, sólida y compacta,
el Cristal magnético y poderoso. Únicamente sobre esa roca
colocaremos la piedra angular, la primera piedra, que ya es la Obra
hecha.»

Roca inmortal, signo divino, orden secreto e intacto.
Tú reflejas el Cielo. Te buscamos en las profundidades de la tierra y en nosotros.
Tú eres la base y eres la victoria.

*

4. ARIES

Pues, se ha llegado a la roca clara, Diamantina.
Sobre su solidez brillante y ordenada erigiremos la obra.
El descenso a las profundidades se detiene.

Interludio.

El movimiento está a punto de invertirse. Es una fiesta, pero no un descanso.

Equilibrio feliz y vibrante.

Es la primera juventud de nuestro trabajo.

Aquí, en las profundidades del abismo, la medianoche se une al mediodía.

He aquí que el Sol sale en Aries; y solemnemente colocamos la primera Piedra, en la base de la esquina Noreste, donde el Oriente se funde con el eje polar.

La acción se reanuda. La Piedra está en el lugar. Con sus medidas comanda todas las demás medidas.

«Y aquí queda, oh Primera Piedra,
y arde en secreto.
Tú eres el inicio y eres el final.»

*

5. TAURO

Máxima actividad en el Lugar de Construcción. El gozo inunda todo.
A la luz del Sol, la Obra crece y se perfila.

Los Constructores y los Guerreros se unen.
Es la fiesta del trabajo luminoso, del avance, del ritmo, de la victoria.
El Toro divino embiste y ataca.

Surgen las paredes que delimitan el espacio sagrado.
Luces y sombras. Interno y externo.
Los Constructores trabajan con dualismo, porque conocen las Reglas.

Todo es doble, muchas veces doble. Los Constructores equilibrar
continuamente los opuestos, y así describen la Realidad inmutable.
Cierran para abrir, abren para cerrar.

Una de las aberturas, en el Levante, es alta, muy grande y circular.

*

6. GÉMINIS

Alineamiento.

El Templo crece apuntando al Sol.

Se elevan los muros perimetrales. Se elevan los pilares centrales.

Verificación y prueba.

Antes de erigir la bóveda, debemos estar seguros de que los trazados estén exactos, que ningún temblor los haya desplazado, que ninguna discordia los haya corrompido.

Para el control final, con el objetivo de señalar la Regla al hombre, para que encuentre el Camino, los Constructores levantan dos grandes Columnas.

Una clara y brillante, la otra oscura y poderosa.

Y las orientan según el Sol, altísimas, al borde del peligro.

Todo está en juego. Todos los demás trabajos se detienen.

Las dos Columnas no son para sostener el Templo.

Son como grandes faros, como grandes antenas: son grandes imanes.

Las dos Columnas, junto con el Templo, forman una central de poder solar.

El Santuario, aún no terminado, ya está vivo.

*

7. CÁNCER

Estamos a mitad de la Obra.

El Sol se detiene porque ha agotado su impulso ascendente.

Al igual que el Sol, los Constructores se han elevado desde las profundidades de la Tierra hasta la cima del Templo.

Porque tienen el Cielo infinito en el corazón, ahora se preparan para cubrir el Templo.

Este techo no es para excluir el Cielo, sino para representarlo a los hombres.

Así, tras un momento de pausa, se reanuda el trabajo.

Desde arriba, los Constructores regresan, trabajando, a los cimientos del Templo.

Habiendo conocido la paz del azul profundo, siguen el curso del Sol y vuelven a servir, indiferentes, en el valle.

*

8. LEO

El Templo está cubierto.

Es un refugio, es un lugar de descanso.

Aquí los hombres concurrirán, pero esto no es el punto de llegada.

Una vez aquí, los hombres tendrán que reorientarse
y elegir la nueva dirección de la marcha.

¿Adónde irán? No hacia el Occidente, de donde vienen.

No hay otras puertas en el Templo.

El Templo no cumple su función si no muestra al hombre el único camino verdadero de salvación y de liberación: el que sube directamente al Cenit.

Por lo tanto, los Constructores tallan en la bóveda, en el centro, un gran agujero, un ojo en el Cielo, una pupila.

Altísima y central es la cumbre de la Obra; es la corona del Templo.

Es un faro; y es la verdadera puerta de salida, consagrada al Altísimo.

Es un vacío, un signo supremo de Compás.

*

9. VIRGO

El espacio cerrado del Santuario vibra como un cristal de luz.
Está lleno de correlaciones cambiantes; es un espacio puro, solar y cósmico.

La Madre del Mundo se les aparece a los Constructores como una Reina cubierta de azul. La Belleza es la que hace que las cosas sean divinas.

La Madre del Mundo tiene velado su rostro.
Es silente; pero alimenta y contiene todos los nombres y todos los fuegos que se encienden en el Universo.

Los Constructores la veneran; y en su nombre erigen un altar de piedra pálida en el centro del Templo, un hijo de la Madre y del Padre.

Ahora el Templo contiene un germen vivo y visible.

*

10. LIBRA

Venerada la Madre, erigido el Altar, los Constructores se disponen a otra misión; tienen que hacer un símbolo del reino de la Madre: el pavimento del Templo.

El pavimento sostiene y, en la parte inferior, delimita; pero también debe reflejar el Cielo.

Debe ser plano y fluido, enigmático y arriesgado, como la vida cotidiana.

Con movimientos rítmicos, como si danzaran, como si tejieran, los Constructores trazan el pavimento como una cuadrícula de meridianos y paralelos, como una gran extensión, como un tamiz, como un lienzo.

Primero colocan los empalmes, luego las losas; primero las líneas de luz que serán las juntas entre piedra y piedra. De hecho, así es la trama de la vida humana: pulsos iguales que separan campos de energía alterna.

Los Constructores no piensan en ejecutar un diseño.

Después, serán los hombres, con sus pasos, los que interpretarán un diseño entre estas líneas, cada uno a su manera.

*

11. ESCORPIO

En el umbral del Templo está un Guardián armado, aterrador y poderoso.
Un Ángel, que apareció en la noche, se presenta luminoso en la puerta.
El Guardián lo rechaza. El Ángel no pasa.

«Es la señal de la prueba», dicen los Constructores.
«Aceptamos con gozo la verificación, la triple prueba.»

La luz estelar que desciende desde arriba explora todo en el Templo.
Controla cada medida.
Los Constructores, inmóviles, soportan la prueba con humilde valentía.

El Ángel reaparece en la puerta.
Su luz crece y resplandece.
El Guardián, impresionado, se desvanece poco a poco.
El Ángel entra y toma posesión del Templo, a la luz de las estrellas.

Es la victoria.
Los Constructores, impregnados de gozo, decoran el Templo. Lo embellecen
con colores, figuras, marcos. Tallan historias de héroes, y ya están pensando
en emprendimientos futuros.

*

12. SAGITARIO

Fúlgido, sonante, justo y armonioso, así es el Templo acabado.

Recibe mensajes del Cielo; y grandes visiones aparecen en su espacio sagrado. Vive.

Tendrá una historia, una duración, como cualquier criatura.

Los Constructores lo contemplan de lejos y de cerca.

Lo ven tal y como es:

«un cristal,
una flor,
un hombre,
un Sol.»

Comprenden que no hay nada más que agregar, y que nada se le puede quitar; y esta es la señal de la consecución.

Uno a uno, en silencio, los Constructores salen del Templo, abierto, como un llamamiento a los hombres.

La larga noche invernal cede al día; y en sus corazones se despierta, poco a poco, el gozo del trabajo acabado.

Ahora están libres. Silenciosos, recogen la recompensa, reciben el salario: la libertad total e ilimitada; y en espíritu se regocijan.

Ligeros como los niños, los Constructores dan la espalda al Templo. Tienden a los espacios celestes, vacíos de formas, donde todo es Uno.

*